

Del aforismo al enunciado aforístico en algunas calas de escritores mexicanos de principios del siglo XX a la luz del ethos autorial y el análisis del discurso

Yobany De José García Medina
Universidad Nacional Autónoma de México
yobany.jmgl@gmail.com

Resumen

Este artículo desarrolla una propuesta conceptual para estudiar el aforismo contemporáneo, dividido en tres secciones: 1) Sistema aforístico, donde se establece la relación del aforismo con los géneros discursivos; 2) Enunciado aforístico, propuesta de nomenclatura y unidad de análisis, toda vez que el aforismo contemporáneo parodia e ironiza con su tradición está dialogando con ella y, simultáneamente, reactualiza su funcionamiento discursivo; 3) Inteligencia aforística, entendida como el comportamiento interpretativo que el enunciado aforístico demanda al lector. Dichos conceptos permiten comprender que los cambios en la intención comunicativa del aforismo se deben a que se le incorporan elementos del sistema literario.

Palabras clave

Inteligencia aforística, sistema aforístico, parodia, ironía, genericidad literaria.

Introducción

El aforismo es un género discursivo que bien puede rastrearse desde la Grecia antigua, siendo Hipócrates el exponente más conocido; se ha empleado para expresar, de manera sintética, un conocimiento ecuménico, un comportamiento humano o una verdad universal. Si bien estas formas breves nacieron de la medicina, también otro tipo de disciplinas lo han adoptado y adaptado a sus discursos: la política, la filosofía y, en última instancia, la literatura. Esta última añadió elementos estructurales, genéricos y transtextuales que diversificaron sus formas: pasaron de ser preceptos médicos, máximas filosóficas, sentencias políticas y proverbios religiosos a fórmulas que parodian, ironizan o satirizan sus principios morales o de verdad universal.

La producción aforística mexicana en el siglo XXI se ha hecho más notoria debido a las gentilezas de los medios electrónicos, esto evidencia una tradición bastante sólida que data de finales del siglo XIX hasta nuestros días, con autores tan representativos como Ignacio Manuel Altamirano, Alfonso Reyes y Julio Torri, pasando por Octavio Paz, José Emilio Pacheco, Esther Seligson, hasta Luigi Amara, Ana Kullick Lacker, Carmen Leñero o Federico Fabregat.

En ese tenor, el objetivo general del presente artículo es analizar algunas reformulaciones estructurales y discursivas del aforismo de principios del siglo XX en México, específicamente una pequeña muestra representada por tres autores pertenecientes a la esfera intelectual: Amado Nervo, Carlos Barrera y Carlos Díaz Dufoo hijo. Sus coincidencias se podrían resumir en la relación directa o indirecta con un grupo muy importante de intelectuales en el campo de las letras mexicanas, El Ateneo de la Juventud. La selección de estos reside en la reformulaciones retóricas que muestran sus “aforismos”, género que emplearon con fines distintos a los de la tradición grecorromana, de donde surgió, o al tratamiento filosófico que le dieron los pensadores occidentales modernos como Friedrich Nietzsche y Arthur Schopenhauer. Así pues, en el México de principios del siglo XX los escritores que utilizaron este género añadieron recursos propios del discurso literario, hecho que

reactualizó sus características retóricas y, por ende, modificó su situación comunicativa: quién, qué, para quién y bajo qué contexto se dijo. Así, lejos de presentar un conocimiento universalista o una verdad inapelable, el aforismo estuvo más cercano a los intereses de una élite intelectual en el campo de la literatura mexicana.

Todo ello permite desarrollar una propuesta conceptual dividida en tres apartados: en el primero se formula un *sistema aforístico*, a partir de establecer la relación del aforismo con los géneros discursivos para así englobar todas las variantes semejantes a este, con el fin de no reincidir en la cuestión terminológica; más adelante, se plantea el término *enunciado aforístico* como unidad de análisis debido a que el aforismo contemporáneo parodia e ironiza estas estructuras, por un lado, el enunciado establece su cualidad dialógica y desde ahí puede estudiarse su transformación discursiva, por otro lado, el adjetivo “aforístico” señala su pertenencia a un sistema que es antiquísimo, aunque sus reformulaciones retóricas en el siglo XX nos hablan de un género con funcionamiento comunicativo distinto, es decir, un aforismo no es lo mismo que un enunciado aforístico; por último, se presenta la *inteligencia aforística*, el comportamiento interpretativo que el *enunciado aforístico* demanda del lector tras los cambios que el discurso literario integró a su intención comunicativa, pues ya no pretende aleccionar, sino que simula una enseñanza desde lo irónico y paródico, a partir de la autoridad intelectual que supone el escrito.

Al respecto, para el análisis se pretende aplicar el concepto de *ethos autoral*, propio de la retórica contemporánea, que, sumado al *ethos discursivo*, el cual supone la presencia de un sujeto creador fuera del texto y otro dentro del texto, permite determinar cómo la obra y lo que gira en torno a ella (lector, críticos y publicaciones) legitiman la autoridad intelectual, como establece Dominique Maingueneau (2014), planteamiento esencial para entender el funcionamiento retórico del aforismo y el enunciado aforístico. Por lo tanto, el análisis no será por entero estructural o discursivo, sino una hermenéutica del dialogismo que se entabla entre los sujetos discursivos (autor-obra-lector), a efectos de entender los

mecanismos retóricos que legitiman el enunciado aforístico mexicano de principios del siglo XX.

1. Sistema aforístico: el aforismo y los géneros discursivos

Definir al aforismo en todas sus dimensiones, a sabiendas de su amplia tradición, resulta un esfuerzo mayúsculo y, a la vez, estimulante para su estudio. Un enfoque podría ser el rastreo histórico desde las primeras manifestaciones aforísticas hasta nuestros días, esto demanda una travesía geográfica y cultural, pues las variantes emparentadas con el aforismo presentan diferencias tanto en su nomenclatura como en sus intenciones discursivas (Barrios 21). De aquí se desprende un conflicto terminológico: apotegma, sentencia, máxima, proverbio, silogismo, greguería, entre otros (Beristáin 34). Toda vez que los géneros discursivos son un conjunto de enunciados más o menos estables que reflejan las condiciones específicas de cada una de las esferas de la comunicación humana (Bajtín 339), los aforismos, junto a todas sus variantes, se determinan por la regularidad de ciertas unidades del discurso (enunciados) en una situación comunicativa específica, donde intervienen los elementos que la configuran: emisor-texto-receptor. La paremiología (rama de la lingüística que se encarga de estudiar estas formas breves, así como clasificarlas), por ejemplo, ha englobado a todas estas formas semejantes al aforismo “en unidades cerradas, breves, de mensaje sentencioso, citadas en el discurso oral o escrito cual joyas lingüísticas” (Sevilla Muñoz 107). Es curioso observar el calificativo “joyas lingüísticas” para referirse a ellas como estructuras del lenguaje, de manera general, sin encasillarlas dentro de un género discursivo o literario. Al respecto, mucho se ha debatido sobre si el aforismo es un género discursivo o uno literario (dentro de los estudiosos del aforismo se hallan dos posturas: por un lado, los que lo consideran un género discursivo: Irma Munguía Zatarain y Gilda Rocha, por ejemplo, en *El humor y la risa en el discurso aforístico*; por otro, los que optan por determinar que es un género literario: Demetrio Fernández en *La lógica del fósforo: claves de la aforística española*). La postura que se adoptará congenia con ambas, pues en tanto género discursivo sus modificaciones se presentan en las interacciones

e intenciones comunicativas de determinada esfera social, en este caso, la literatura como sistema signifiicante incorporó rasgos discursivos al aforismo); no obstante, lo que interesa a esta investigación es exponer que su diálogo con diversas disciplinas, entre ellas la literatura, ha modificado sus mecanismos de construcción.

En tal sentido, existen propuestas que han considerado el empleo de un hiperónimo para encapsular a todas estas manifestaciones discursivas, como la minificción. Lauro Zavala (*La minificción bajo el microscopio*), cuya obra es referente obligado para el estudio de la minificción como género breve de la contemporaneidad, emplea el término con múltiples sentidos, entre ellos, para distinguir una manera de construir historias de una época estética que denomina “minificción como literatura posmoderna”, en complementariedad con las estructuras clásicas y modernas de dicho sistema literario. Asimismo, Zavala (*Seis problemas para minificción*) lo considera un género donde se engloban comportamientos como la hibridez, la fractalidad, la fragmentariedad, la inmediatez y la brevedad de estructuras literarias, lo que comprende casi todos los géneros breves contemporáneos. Aunado a ello, también lo emplea como mecanismo de configuración de las estructuras literarias breves y su diálogo con el sistema literario, así como los procesos de lectura, modificados por la fragmentación de su trama: “minificción como intertexto” y “minificción como marco de lectura” (Zavala, *Minificción contemporánea*), respectivamente. Se puede observar, entonces, que el término se adecua para explicar distintos fenómenos de la literatura breve, mas no se enfoca con determinismo a utilizar esta etiqueta genérica como receptáculo donde se encuentran todas las formas breves de la literatura; cuestión que sí ocurre, por poner un caso, en las convocatorias de revistas, antologías, o en la misma producción de libros de minificción, donde se incorpora todo “lo breve” sin distinguir su naturaleza discursiva ni retórica. Es decir, en un libro de minificciones se hallan aforismos, microrrelatos, greguerías, haikús, poemas en prosa, poemas breves, etc.

Pese a que, en un primer nivel, es una categoría genérica funcional, dice muy poco del funcionamiento estructu-

ral, semántico o retórico del aforismo. Además, el término minificción, de reciente origen, disuelve el ejercicio crítico de profundizar en las discrepancias formales de otras variantes lacónicas, como el microrrelato o el poema en prosa, y deja en evidencia que sus parientes architextuales están desprovistos, como el aforismo, de autonomía estructural y discursiva. La minificción suele abordar al aforismo con bastante prejuicio, tal es el caso que el mismo Zavala lo considera un género “arcaico o desaparecido” (*La minificción bajo el microscopio*, 49). Por el contrario, Paulo Gatica expresa que “el estatuto genérico del aforismo, al igual que ocurre con la práctica de las manifestaciones artísticas desde la modernidad, está ligado a su discusión crítica: evoluciona con sus reformulaciones, sus negaciones o sus afirmaciones” (23).

En suma, cada problema expresado exige una atención específica, cada género un detenimiento crítico y teórico. En ese orden de ideas, estudiar el aforismo demanda la misma vía, sobre todo porque su vasta tradición implica transformaciones en la manera de definirlo. A la vez que su intención comunicativa y los elementos discursivos que emplea para configurarse también han ido mutando con el paso del tiempo. Según Manuel Neila:

Por su etimología y sus múltiples y variadas definiciones, se colige que el término “aforismo”, aunque usado primeramente en la lengua de los médicos, encierra los justos términos de una verdad, sentencia o proposición cualquiera. De hecho, el primero de los aforismos de Hipócrates ya sobrepasa el ámbito de la medicina para internarse en el ámbito de la sabiduría general de la vida humana: “La vida es corta y el arte largo; la ocasión, fugaz; la experiencia peligrosa; el juicio, difícil”. De ahí que no sea fácil deslindar diferencias que existen entre aforismo y otras voces sinónimas o cuasi sinónimas: adagio, sentencia, máxima, proverbio, refrán, axioma y apotegma; pues todas ellas, en *totum revolutum*, encierran el significado de proposiciones o forma breve y sentenciosa (43).

Si se acude al problema terminológico, se manifiesta uno de corte genérico: ¿qué función tiene distinguir un aforismo de un precepto médico, de una máxima

filosófica, de una sentencia política o de un proverbio religioso? Cumple la función de establecer una tradición que está siendo transgredida en la aforística contemporánea. “Que la obra «desobedezca» a su género no lo vuelve inexistente; tenemos la tentación de decir: al contrario. [...] En principio, porque la transgresión, para existir, necesita una ley, precisamente la que será transgredida” (Todorov *El origen de los géneros* 33). En ese entendido, diferenciar a cada una de las variantes que se asemejan al aforismo excede el puro ejercicio clasificatorio, que además sería exhaustivo y ya hecho por la paremiología; antes bien, demanda un reconocimiento de formas discursivas, es decir, añadir el enfoque pragmático al problema de los géneros discursivos o literarios. De acuerdo con Marie-Lauren Ryan:

Cada cultura concreta hace su propia tipología de textos y decide qué combinaciones de rasgos serán apartadas del resto, recibirán un nombre, serán tema de conversación, y serán producidos y consumidos en serie. No existe ningún método mecánico de detección que permita al análisis identificar los géneros que tienen una realidad psicológica en una cultura dada. La única manera de elaborar un inventario de géneros es reconstruir el paradigma de los términos en los cuales la gente responde a la pregunta: ¿qué es este texto (258).

Umberto Eco afirma que lo único que emparenta a estas formas es la brevedad, pues todas son frases compactas que manifiestan una idea universal, un comportamiento humano o una verdad ecuménica; se distinguen, en todo caso, por el género discursivo al que se adecuaron o fueron adecuadas. Entonces, ¿su única diferencia es el nombre que cada disciplina les otorgó para sus fines discursivos? ¿Aforismo es un hiperónimo que incluye a estas formas breves? Si la respuesta a la primera cuestión es afirmativa, no disminuyen los problemas para definirlo, pero coadyuvan a establecer distinciones entre cada una de esas variantes breves, y, en consecuencia, a profundizar en los aspectos discursivos que cada disciplina le provee a su intención comunicativa.

En ese caso, se consolida la idea de que el funcionamiento de un género discursivo supone una co-

herencia nominal en relación con los principios operativos que lo regulan, hecho que incide en la manera en la que es recibido el texto. Por ejemplo, un proverbio religioso opera en función de una tradición cultural e ideológica que es reconocida por el receptor, de ahí que su peso moral o teológico no sea cuestionado, sino aceptado. El concepto de *auctoritas* ayuda a entender la jerarquía o posición desde la cual el proverbio opera en el destinatario, en tanto que “trasciende al ciudadano u hombre común, siendo un factor de ordenación social incontestable y previa, que está por encima de las lides humanas y de las vicisitudes, que se vincula a la religión” (Royo Arpón en Morales Fabero 3).

Pongamos por caso el siguiente proverbio: “El principio de la sabiduría es el temor a Jehová; los insensatos desprecian la sabiduría y la enseñanza” (Biblia Reina Valera 898). El caso expuesto revela la esencia de todos los aforismos, según lo expresado por Manuel Neila: una sentencia breve (*Formas breves*). El discurso teológico del que surge, por otro lado, enfatiza la finalidad o, mejor dicho, la intención retórica. El proverbio no requiere de una argumentación para sustentar su grado de veracidad, antes bien, encierra en sí un acuerdo implícito entre los sujetos discursivos y el enunciado.

El grado de veracidad que encierra el proverbio atañe sólo a un grupo, los creyentes. Los que difieren de esas creencias no lo asumen como una falsedad, sino que lo comprenden sin aceptar, mediante un marco cognitivo, cultural e histórico, que da cuenta del contexto del enunciado; de otro modo, sería inoperante, cuestionado e incluso vilipendiado. Lo que debe comprenderse es que este tipo de textos establecieron una serie de rasgos estructurales, semánticos y retóricos que bien puede identificar un lector contemporáneo. “Los distintos géneros de una cultura tienen la misma relación mutua que los distintos dialectos sociales y geográficos de una lengua: cada uno está constituido por un conjunto único de reglas, pero pueden compartir reglas distintivas con otros géneros” (Ryan 260).

Ahora bien, si el término aforismo engloba a todas las formas breves, cuyo parentesco se halla en las carac-

terísticas que comparten: la brevedad, la concisión, la universalidad de pensamiento o de proposición sentenciosa, dependientes de la disciplina a la que aluden (filosofía, política, medicina, economía, etc.), se podrían extraer principios operativos inherentes a la retórica de cada variante: una máxima filosófica se adecua a un uso retórico específico, donde se construye una situación comunicativa particular, determinada por la disciplina a la que pertenece. (Es preciso aclarar que la definición clásica de la retórica no sólo se determina como “el arte del bien hablar”, además como una técnica discursiva para persuadir, mediante los siguientes medios: enseñar, complacer y conmover, donde intervienen los elementos de la enunciación. Si hacemos extensos estos preceptos clásicos de la retórica, dichos elementos están incluidos en el aforismo, pues esta unidad del discurso contiene la situación enunciativa, es decir, quién lo emite, para quién, cuándo y dónde. Benveniste define enunciación como acto individual de apropiación de la lengua. Sistema lingüístico y proceso comunicativo son inseparables, pues ciertos elementos de la lengua adquieren significación sólo cuando son actualizados por el hablante en el momento de la enunciación). Erika Martínez refiere lo siguiente en relación con las máximas:

La máxima conservó aquella aspiración: trascender al individuo y a la historia a través de una afirmación veraz, verosímil o probable que comparte una comunidad. Estos rasgos, propios de la máxima, siguen atribuyéndose a veces al aforismo, ignorando su desarrollo a lo largo de los siglos. [...] En su relación con la verdad, el aforismo contemporáneo podría definirse como una forma de transgresión de la máxima, pero lo cierto es que ambos poseen demasiado en común para ser considerados géneros independientes (762-763).

Con el fin de ilustrar lo antes dicho, se exponen las siguientes máximas: “El hombre es bueno por naturaleza”, de Jean-Jaques Rousseau o su contraparte “El hombre es malo por naturaleza” de Thomas Hobbes. Ambos ejemplos establecen, primero, dos posturas frente a la naturaleza de la humanidad, lo que caracteriza el ethos auctorial de los enunciadore, cuyo principio de autoridad se fundamenta en el discurso filosófico

que se asume como dominante en una época. Segundo, se determina el enunciatario al que va dirigida la máxima, un círculo compacto de élite interesada en debatir la posición del Hombre (asumido por ambos pensadores como sujeto universal, medida de la Humanidad entera) frente a la sociedad y cómo esta beneficia o perjudica sus comportamientos. Ambas frases son breves y sentenciosas, universales y moralistas; no obstante, el hecho de que se enuncie dentro del marco de referencia de la reflexión filosófica las dota de controversia, en tanto que son ideas debatibles, en constante diálogo con los interlocutores de un sistema específico. Cabe señalar que estas máximas se convirtieron, con el paso de las décadas y de acuerdo con el relato hegemónico de la Ilustración de la Europa central, en la síntesis de una época. En resumen, lo que emparenta al proverbio con la máxima es su esencia genérica, se distinguen por las intenciones discursivas que cada disciplina vierte en su construcción y, por ende, en su recepción.

Por lo tanto, reorientar el problema histórico del aforismo a uno de corte teórico concede, por una parte, reenfocar la taxonomía de aforismos clásicos, es decir, los que, mayormente, poseen una intención sapiencial, normativa, moralista e incluso prescriptiva; y los modernos, fórmulas de corte paródico, irónico e intertextual que subvierten las intenciones de los primeros al manifestar un carácter de verdad subjetiva, incluso poético, de ruptura con la tradición de la que provienen. En otros términos, englobar dentro de un sistema aforístico las distintas nomenclaturas de este género, así como su manifestación en múltiples periodos o disciplinas epistemológicas de la cultura humana, permite rebasar el exhaustivo ejercicio clasificatorio de sus variantes architextuales (según la terminología de Gérard Genette planteada en *Palimpsestos*, se hace alusión, en alguna de las partículas del texto, al género literario o discursivo al que pertenece o con el que se podría emparentar).

2. Enunciado aforístico

Ahora bien, las distinciones específicas del aforismo en relación con sus múltiples parientes genéricos parecen evanescentes, pues las fronteras que los separan entre sí se diluyen en las sólidas semejanzas que los unifican inflexiblemente. Si no podemos dis-

tinguir con precisión un aforismo de la máxima, del proverbio, de la sentencia, del apotegma, del silogismo, de la greguería, entre otros, no significa que no haya que atender tal problemática, sino reorientar el ejercicio clasificatorio a uno de corte teórico.

Al respecto, algunos teóricos señalan dos tipos de aforismos, los clásicos, “más próximos a fórmulas sapienciales de transmisión de un conocimiento ‘universal’, y los aforismos ‘modernos’, cuyo origen podría situarse al inicio de las manifestaciones románticas” (Gatica 27). Estos últimos, según María Llorente “tienden a la expresión de verdades particulares o individuales y su validez resulta efímera y temporal” (7). Si bien esta clasificación es operativa, resulta insuficiente, ya que los aforismos clásicos no delimitan sus fronteras con otras formas breves emparentadas, como los proverbios, refranes, adagios o máximas. José Ramón González expresa lo siguiente:

La aparente inasibilidad conceptual del aforismo, su resistencia a dejarse atrapar en la malla de una taxonomía precisa e inequívoca, es sin duda consecuencia de su posición liminar (intersticial) en el territorio de las formas breves y a su proximidad a modalidades de discurso claramente reconocibles y ampliamente prestigiadas en nuestra tradición –el discurso poético, el religioso, el moral o el ético (discursos autorizantes, como los denomina Dominique Maingueneau) a las que se asimila parcialmente, pero sin llegar a reconocerse tampoco plenamente en ellas (1).

Así pues, la categoría “aforismo” no debe ser entendida como un hiperónimo, mejor aún, se puede extender su funcionamiento a un sistema que condensa, de forma invariable, sus coincidencias estructurales pero distinguibles en su retórica, no sólo como mecanismo organizacional, sino también como engrane dialógico entre el autor y el lector. Este diálogo implica un acuerdo ideológico previo entre los sujetos discursivos; por tanto, se manifiesta un contexto, una situación comunicativa, una cultura y una tradición discursiva específica en cada una de estas formas breves.

Si sus semejanzas (brevedad, concisión, pensamiento universal e idea sentenciosa) se suman a las particularidades discursivas de cada variante de la situación comunicativa (emisor, enunciado, receptor) (Block 27-28) según la disciplina a la que remiten (filosofía, literatura, política, religión, etc.), dan como resultado un sistema aforístico; en tanto sistema, el conjunto de principios operativos que los relacionan constituye la tradición de los aforismos clásicos, que condensan refranes, adagios, proverbios y máximas, mientras que en el papel del enunciatario, desarrolla una *inteligencia aforística*. Con base en el término *inteligencia narrativa* de Paul Ricoeur, propongo este para los aforismos como sistema, en un intento de explicar los procedimientos por los cuales se genera una apropiación del género a partir de la recepción de estos textos a lo largo de su historia como género discursivo.

En contraste, y con la finalidad de exponer ciertas características de los aforismos modernos, se presenta el siguiente ejemplo de Carlos Barrera: “¡Bienaventurada la mentira porque ella es creadora!”, (Barrios 82) aforismo que data de principios del siglo XX, considerado moderno por Llorente y Gatica. No obstante, se puede observar el mismo problema que presentan los aforismos clásicos: la indistinción entre sus parientes architextuales. ¿El ejemplo elegido es un proverbio?, ¿se acerca más a las bienaventuranzas bíblicas?, o, mejor aún, ¿es un aforismo por el simple hecho de que históricamente se localiza en un tiempo y espacio? De ser así, es preciso explicar por qué, pues el criterio histórico no parece suficiente para expresar su funcionamiento como género discursivo. A saber, el adjetivo “bienaventurada” con el que comienza el texto, parece próximo al campo semántico del discurso religioso: la bienaventuranza. En él se elogian, ensalzan o felicitan las cualidades de un sujeto o colectivo, por mantener un comportamiento recto u honorable (“Bienaventurado el que viene en nombre del Señor”). Después, dicho adjetivo con una carga architextual modifica el sentido de “mentira”, que no representa a un sujeto determinado, sino a un concepto abstracto convenido por el sistema de la lengua como contrario a lo “verdadero”, y en el marco de la cultura judeocristiana occidental esa oposición contiene un peso ideológico.

Ahora bien, el hecho de que se elogie un concepto y no a un sujeto denota la actualización de la finalidad discursiva de las bienaventuranzas: un concepto se realiza, se comprende, a diferencia de los sustantivos, que nombran objetos tangibles. Por otra parte, el aforismo presente simula el carácter universalista de sus manifestaciones clásicas al suprimir la subjetividad, lo importante no es el sujeto que miente, sino la mentira en sí.

Erika Martínez señala que “si la norma del aforismo grecolatino debía poseer validez universal, podríamos decir que su estatuto aleiteico era de carácter general” (762). No obstante, dicha característica de aspirar a la verdad en los aforismos contemporáneos se desplaza a una simulación, y el término “simular” es idóneo porque el escritor reactualiza su intención retórica: parodiar o ironizar la norma, conservando una validez que su figura de autoridad concede; por ello, Erika Martínez concluye: “diríamos, por tanto, que al contrario del aforismo clásico, el aforismo contemporáneo tiene un estatuto aleiteico de precariedad: su verdad es siempre parcial y provisoria, depende de las circunstancias de su formulación” (763). Tras lo cual, se enfatiza la cualidad de la mentira en tanto creadora: no sólo un antivalor es celebrado, tiene, además, el potencial de ser puesto en práctica socialmente por los beneficios poéticos que posee. En síntesis, hay una oposición entre las intenciones discursivas del aforismo moderno y el clásico. Aquel no persigue el consenso, ni la auctoritas, incluso alaba a su antónimo. Ni enseñanza moral, ni sentencia condenatoria ante un comportamiento humano. Como señala Barrios (*Lapidario*):

A diferencia del refrán, del dicho o del proverbio, el aforismo no busca aleccionar, ni manifiesta pretensiones educativas, por lo menos no en el sentido tradicional. La enseñanza del aforismo es subversiva, disidente, algunas veces linda con la irreverencia o el absurdo. Erige una visión particular que critica, precisamente, los valores, conductas y costumbres que la sociedad considera virtuosos y que se propagan de boca en boca a manera de consejos vitales (32).

Por otro lado, destaca la hibridación, entendida como el diálogo que se establece entre los múltiples

géneros discursivos dentro de un texto, es decir, la combinación de mecanismos semánticos, sintácticos o temáticos en una obra específica, en cuya estructura se contienen rasgos identificables que aluden a una taxonomía genérica. Además, no son opuestos entre sí, sino complementarios a nivel interpretativo. Según Paulo Gatica:

La hibridez no es una invención exclusiva de la modernidad, sino que, como explica Roger, “La hibridez siempre ha coexistido con los géneros establecidos [...] Por lo tanto, siempre ha habido híbridos, ya sea en la literatura clásica, moderna o posmoderna” [...] Por tanto, es posible entender la hibridez como reacción contra las formas dominantes dentro de un contexto de “luchas simbólicas”. Siguiendo a Soriano, la hibridez genérica no reside en la mera trasgresión de la norma poética, “...antes bien, en las múltiples estrategias para cuestionar las jerarquías genéricas y las divisiones legítimas que estas jerarquías organizan” (29).

De manera que se complica el rastreo de la genética discursiva del aforismo, en otras palabras, incluso el aforismo moderno, aunque modifica sus intenciones comunicativas, no se desprende de las estructuras breves cercanas a este. En el sentido original del término griego “*aletheia* es el esclarecimiento de la verdad” (Audi 482), mas no la verdad en sí misma, por consiguiente, el hecho de que el aforismo moderno se considere precariamente aleiteico alude tanto a su caducidad u operatividad en determinado contexto, como a la forma en la que ese esclarecimiento se presenta al receptor. De tal modo que la propuesta de la inteligencia aforística no sirve para clasificar históricamente a esta variante discursiva, sino para comprender que el contacto del lector con este género, en cada una de sus manifestaciones (según la tradición, la época y la disciplina de la que provienen) propició un conocimiento sobre sus coincidencias estructurales, proposicionales o formales (breves y sentenciosas), al tiempo que modificó la manera de leer estas “verdades” en contexto. Este conglomerado architextual, que bien puede nominarse sistema aforístico, permite observar las particularidades retóricas en el aforismo contemporáneo, cuya función

es parodiar, ironizar o satirizar este sistema, conservando sí una esencia estructural, pero transformando sus intenciones comunicativas.

Por ende, se traslada el problema de la definición histórica de los géneros a uno que remite estrictamente a las modificaciones de sus mecanismos retóricos. En ese supuesto, se reconoce que estos textos han transformado la idea que teníamos del sistema aforístico, por lo tanto, se puede considerar que nos enfrentamos a un género renovado, evitando llevarlo a la condición de nuevo y, por consiguiente, negando su larga tradición (Todorov *Introducción a la literatura fantástica*). El cambio, cabe enfatizar, no reside en el nivel sintáctico, pues los aforismos siguen siendo frases concisas y sentenciosas, sino en el nivel retórico.

En resumen, proponer el enunciado aforístico como unidad analizable tiene el propósito de no encasillar o establecer una función discursiva dominante en cualquiera de sus parientes genéricos (es más una máxima, es más un refrán, es más un proverbio...); al contrario, el término “enunciado” alude al comportamiento dialógico que entabla con su tradición, mientras el vocablo “aforístico” refiere al sistema al que se asocia y, por ende, a las características discursivas que comparten sus variantes. En tanto unidad pragmática, las instancias autor-texto-lector permiten identificar las modificaciones estructurales de este género, así como las del receptor; por consiguiente, el enunciado aforístico da nombre a un nuevo fenómeno discursivo.

3. Inteligencia aforística

Ahora es preciso aclarar a qué se refiere esa dimensión retórica. Entre 1964 y 1965 se transcribieron los seminarios que Roland Barthes dedicó al arte de la persuasión, obra titulada *La antigua retórica*. En estas cavilaciones, impartidas en *l'École Pratique des Hautes Études*, afirma que “el mundo está lleno de antigua retórica” (7), no en el sentido dicotómico de lo nuevo contra lo moderno (clasificación inoperante a ojos del filósofo francés), sino referida a su carácter teórico, de comprensión de los fenómenos persuasivos de ese entonces, en la antigua Grecia, y actualmente. En

cuestión de retórica, Mauro Jiménez menciona que, al decir que la retórica es

la facultad de teorizar lo que es adecuado en cada caso para convencer (Retórica, 1355b25-27), el Estagirita le está dando la facultad de ciencia, una ciencia que reflexiona sobre cuáles deben ser los modos que debe seguir en el discurso para llegar a persuadir mediante la palabra (323).

Como parteaguas, y con el afán de agrupar las posturas retóricas en la Antigüedad, dos son las escuelas en las que se puede distinguir esta disciplina: una de orden práctico (Isócrates), otra de corte teórico (Aristóteles). La primera dota de herramientas para que los oradores produzcan el discurso persuasivo, la segunda observa lo que puede ser persuasivo en relación con cada discurso.

Si bien se trata de una disciplina antigua, las categorías de análisis que provee siguen vigentes en cuanto a su función en el discurso. Conceptos como *ethos*, *logos* y *pathos* son esenciales para comprender los medios de persuasión en las prácticas discursivas. Esto no quiere decir que las nuevas teorías de la argumentación o del discurso de Aron Kibedi Varga, Lisa Block de Behar, Dominique Maingueneau, Ruth Amossy y José-Luis Díaz, entre otros, se abstengan de adaptar dichos conceptos en función de las nuevas realidades discursivas o modifiquen su definición clásica por las múltiples reinterpretaciones de las antiguas retóricas. Mejor aún, aplicar dichos conceptos a discursos como el aforismo concede observar los medios de persuasión que emplea este género a principios del siglo XX en México, ironía, sátira, parodia e intertextualidad, al igual que los que conserva por tradición, la brevedad y la universalidad del pensamiento o de proposición sentenciosa, aunque estos se manifiestan de forma simulada.

En resumen, se propone un sistema aforístico donde se concentran todas las formas que colindan con el aforismo, pues se observa que como géneros discursivos son más o menos estables en su estructura y su intención comunicativa, dependiendo de la disciplina de la que emanan. Este sistema no surge de manera espontánea, se configura mediante la in-

teligencia aforística de los receptores, muchas veces inconsciente, pero contenida en las características retóricas del aforismo contemporáneo. Si bien ya se ha planteado una “lectura aforística” por Gary Saul Morson, la cual apela a una programación de lectura: “a veces convertimos cualquier afirmación en un aforismo considerándola como tal, aunque haya sido proferida con una intención muy diferente” (Morson 3). Sin embargo, la interpretación que va del lector al texto desencadenaría que todas las frases, autónomas o fragmentadas, anónimas o bajo la firma de un autor consagrado, adquieran el título de aforismo. Lo que implicaría una indefinición aún más grande, incluso una desvalorización crítica todavía más severa. Por ejemplo, toda frase publicada en cualquier red social, bajo esta óptica tiene el potencial de leerse como un aforismo, tan sólo por ser breve o concisa, sin considerar sus mecanismos discursivos. En cambio, la propuesta de una inteligencia aforística reside en señalar que el lector reconoce estructuras en el aforismo moderno que lo remiten a variantes que ya conoce por el contacto con estos géneros discursivos heredados por la cultura.

A ese respecto, en vez de llamar aforismo a las producciones modernas, es decir, aquellas que entremezclan su genética textual con otras, convendría conceptualizarlo como enunciado aforístico, en primera instancia porque el término “enunciado” alude a una partícula del discurso que exige una respuesta por parte de un receptor, no efectiva, sino interpretativa, que apela a la enciclopedia literaria sobre este género y sus parientes architextuales. Según Bajtín:

el enunciado no es una unidad convencional sino real, delimitada con precisión por el cambio de los sujetos discursivos y que termina con el hecho de ceder la palabra al otro, es una especie de *dixi* silencioso que se percibe por los oyentes (como señal) de que el hablante haya concluido (341-342).

Cuando determinamos utilizar el concepto enunciado aforístico, entonces, se asume que los aforismos contemporáneos entablan un diálogo con la tradición del sistema aforístico. De ahí que, si el enun-

ciado se delimita por un cambio de sujetos discursivos, el texto (enunciado aforístico) se convierte en una reacción “verbal” (textual), una respuesta a esa tradición, determinada por el contexto en el que se produce el enunciado aforístico. Por tanto, lo “aforístico” no determina el género discursivo concreto, más bien determina el sistema al que pertenece, en cuyas regularidades estructurales se emparentan todas las formas breves sentenciosas ya mencionadas.

En segunda instancia, porque las producciones contemporáneas de este género dialogan con la tradición a la que pertenecen, sin importar su grado de pureza genérica, lo que evita el ejercicio improductivo de categorizarlos dentro de una etiqueta o la búsqueda exhaustiva por definir si es más un apotegma, o se inclina hacia la máxima o el proverbio, o quizá se parece más a un refrán, y así sucesivamente. En tercera instancia, permite concentrarse en el funcionamiento discursivo y los mecanismos retóricos que lo han ido incorporando al sistema literario, para pasar de un género discursivo a uno de corte ficcional, estético y poético.

En ese orden de ideas, cuando se habla del sistema literario este puede parecer una fantasía teórica, más cercano a una organización abstracta que no clarifica los componentes, las funciones o los sujetos que intervienen en su configuración. Asimismo, remite de inmediato a una idea cuya materialización se disgrega, las más de las veces, ya a un cúmulo de obras de ciertas épocas, ya a los criterios editoriales de determinado género, ya a los comentarios impresionistas de los expertos en autores consagrados, ya a las escuelas, movimientos estéticos, teorías afines que manufacturaron el curso histórico de la literatura, entre otros. Todo ello es parte de este sistema literario, por supuesto, pero como todo sistema, es preciso aislar sus componentes esenciales, o los principios que regulan su funcionamiento, para comprender la comunicación entre sí. A saber, son tres dimensiones cardinales: autor-obra-lector. Cada una de estas ha permitido el desarrollo de una corriente crítica: la clásica (vida del autor) (Barthes), la formalista y estructuralista (inmanentismo de la obra), y la de la teoría de la recepción (el lector como cocreador de la obra). Las adecuaciones de dicho sistema, sea por país

(México), por género (literatura fantástica), por época (literatura renacentista), por generación (la literatura de la onda) o por tema (narcoliteratura), no prescinden de los sujetos que intervienen en su comunicación: autor-obra-receptor.

De manera que la retórica no sólo funciona como una herramienta teórica que estudia el mensaje y los mecanismos discursivos que emplea para persuadir, deleitar y convencer; del mismo modo, observa quién dispone de esos mecanismos en el mensaje y qué producen esos dispositivos retóricos al ser recibidos. La brevedad del aforismo permite identificar, mediante el análisis retórico, la predisposición de un acto comunicativo en el cual existe un acuerdo tácito (ideológico) entre el emisor y el receptor. Este convenio no pretende replicar lo normativo del aforismo tradicional, antes bien, reformula sus intenciones persuasivas en el enunciado aforístico. Dichas intenciones se manifiestan mediante la tensión semántica entre discursos, sin predominancia de alguno, puesto que su múltiple naturaleza discursiva convive para enunciar una verdad en contexto (ficción), cuya pretensión no es un conocimiento universal y humano, en su lugar aparenta serlo con el uso de estrategias discursivas como la ironía, la parodia y la intertextualidad.

El enunciado aforístico es subversivo, paródico, subjetivo, a diferencia del clásico, de formas breves que sintetizan una norma de validez universal. “Su carácter inicial de precepto se verá impregnado muy pronto de un fuerte componente gnómico, que añadió al elemento doctrinal y moral de la sentencia una voluntad de conocimiento y formulación de la verdad” (Martínez 761-762) y que no trata de imponer o expresar una verdad “relacionada con la tradición a la que pertenece” (Ángel 13) sino a lo verosímil de su enunciación; esto es una verdad en contexto, no así el carácter de una verdad filosófica, alcanzada por métodos sistematizados, propios de esta disciplina.

Obsérvese el siguiente ejemplo de Carlos Díaz Dufoo hijo: “La incoherencia sólo es un defecto para los espíritus que no saben saltar. Naturalmente, pueden practicarla los espíritus que saben saltar” (35). El ejemplo permite ahondar en dos dimensiones de análisis: tex-

tual y contextual, es decir, la semántica del enunciado aforístico se empalma con el contexto de producción y el sujeto, su ethos auctorial. El nivel textual bien se puede analizar comenzando por la premisa mayor, la cual contiene códigos que aluden a una práctica humana común que posteriormente se elevará al discurso filosófico a partir de determinados conceptos: la “incoherencia”, a saber, es la contradicción de una idea al manifestarse en un acto o viceversa, en otros términos, la ausencia de lógica entre la idea y la acción; a este, más adelante, se le asigna un atributo, “es un defecto”, que es la imperfección de una cualidad o el opuesto a una virtud del sujeto, por lo tanto, es un comportamiento humano debido a que estas prácticas no se le pueden adjudicar con certeza al mundo animal o al de los fenómenos naturales; enseguida, todo ello se matiza con el adverbio “sólo”.

Ambos códigos invitan a la excepción: “sólo es un defecto para los espíritus que no saben saltar”. Es aquí cuando la proposición, que contiene un código hermenéutico, nos dirige a otro tipo de discurso, uno de carácter filosófico. El concepto “espíritu”, entendido como pensamiento (Audi 319), una manera de reflexionar sobre las ideas o las acciones cometidas por el ser humano, desplaza el sentido común para conducirlo a una idea de lo filosófico, un procedimiento humano del ejercicio de pensar, más que académico y sistematizado. (Cabe puntualizar que se trata de una filosofía “no académica”, o bien, de un ejercicio del “filosofar” como lo entiende Horacio Cerutti Guldberg (*Filosofar desde nuestra América*): un “filosofar” sería un pensar críticamente, pero alejado de los sistemas totalizadores del conocimiento, característicos de la filosofía académica. La filosofía en su sentido académico demanda sistema, método. Un pensador como José Gaos decía no considerarse “filósofo” porque nunca presentó sus pensamientos a través de un sistema (por eso eligió el aforismo). La falta de sistema le impedía llamarse a sí mismo “filósofo”). Se reflexiona sobre la cualidad de un sujeto en un ámbito intelectual, pues ya el mismo género nos remite al carácter sapiencial de su contenido, por ende, tiene que ver más con un proceso del pensamiento humano, que con alguna otra acepción que pueda contener el vocablo “espíritu”, ya sean cuestiones sobrenaturales o religiosas.

Así pues, en el enunciado aforístico en cuestión: “La incoherencia sólo es un defecto para los espíritus que no saben saltar. Naturalmente, pueden practicarla los espíritus que saben saltar”, la subordinación adjetiva “que no saben saltar” califica a los “espíritus”, en otras palabras, a los intelectuales. Es una metáfora que indica la capacidad de movimiento que tiene el pensador en cuanto a sus ideas; pero no es un movimiento gradual, sino abrupto. En la sintaxis del aforismo, en ese salto abrupto, de la premisa mayor a la conclusión, se elude la premisa menor: es innecesaria, en este caso, para aparentar la sapiencia de ciertos individuos. Curiosamente la característica principal de la premisa menor es expresar el hecho concreto; que no se externe refuerza la apariencia lógica del aforismo. Forma y contenido están en aras de construir las pruebas o *éntechnoi*, es decir, el orador predispone al oyente a partir de su capacidad persuasiva para aparentar la universalidad de la proposición. Señala Yépez (*Epigramas*):

A Díaz Dufoo hijo hay que leerlo sabiendo que es un micrósofo, que él gesta escombros. Y es que aún no se ha advertido que hay una tradición de la literatura rara encabezada por filósofos iberoamericanos [...] Esta tra(ns)dicción secreta muestra no tanto que la filosofía cambiará a la literatura en América, sino que en América la filosofía no perdura científica, académica o discursiva pues deviene larva hacia otras estructuras. Filosofar es hacer la composta. La filosofía de Díaz Dufoo se volvió método cómico, análisis sucinto del efecto ridículo que un hombre tiene sobre sí mismo (17).

Al respecto de su carácter filosófico, este texto aparece en el prólogo del libro *Epigramas*, publicado en 1927 en París y editado por Alfonso Reyes, figura emblemática del Ateneo de la Juventud, grupo de intelectuales que, entre sus muchas funciones dentro de la literatura mexicana, revolucionaron la cultura de esos tiempos

al emprender una campaña antipositivista como rechazo al modelo educativo del porfiriato. Ellos se reunían para leer libros de filosofía y de literatura clásica, entre ellos los clásicos griegos, así como lo más actual del

pensamiento filosófico alemán, y discutían sobre las letras francesas y la música europea de ese entonces (CONACULTA-INBAL).

Por ende, no es extraño que el autor no congenie del todo con los ideales del grupo, además, es evidente que el enunciado aforístico dialoga con la filosofía, no en estricto sentido académico, sino desde otra latitud menos ortodoxa y más vivencial. De ahí que el sustantivo “espíritus” en el caso citado, sin duda, se asocie con el quehacer intelectual, con el grupo de sujetos pensantes al que pertenece, aunque sea de forma minúscula. Fernández MacGregor, en una entrevista que le realizó Emmanuel Carballo declara que Díaz Dufoo hijo “en vida suya (murió muy joven) sólo sus amigos sabíamos de su existencia como escritor, ahora se le conoce aún menos” (Espejo 3).

Aunado a ello, recordemos que Heriberto Yépez, en el prólogo que escribe en la edición de 2008 de esta obra, declaró a Dufoo hijo como un “micrósofo”. Primero porque vivió a la sombra de su padre, Carlos Díaz Dufoo, en el ámbito intelectual mexicano: fundó la *Revista Azul* en 1884 junto a Manuel Gutiérrez Nájera; asimismo, junto a Rafael Reyes Spíndola colaboró en *El Imparcial*, diario español importantísimo de corte liberal; más tarde fundaría en 1927 *El Excelsior*, donde colaboró hasta su muerte en 1942. Se puede observar que la obra de su padre se magnificó en el periodismo, género directo para manifestar una postura política, un ideal o una revolución. Segundo, Carlos Díaz Dufoo hijo se consagró en el aforismo, género que no figuraba como canónico para las letras nacionales, incluso estaba desprovisto de un mercado editorial. Tan es así que su obra más conocida se titula *Epigramas*, pariente architextual del aforismo, más cercano a la tradición clásica y explotado en los Siglos de Oro españoles por autores como Baltasar Gracián. El epigrama es una composición poética, de corte satírico que figura ya como un género literario. Ese guiño que hace a su génesis alerta sobre su cualidad de artificio, más que referirse a sentencias universalistas, prescriptivas de una verdad inmutable.

Aunado a ello y siguiendo con el análisis del enunciado aforístico del autor, se pasa de la reflexión a la práctica, de la idea a su manifestación. Comienza con

un adverbio, “naturalmente”, que indica un modo de proceder, modo que no requiere esfuerzo alguno, pues se asume como una cualidad inherente; al mismo tiempo, funge como puente entre el pensamiento y su puesta en acción: “pueden practicarla los espíritus que saben saltar”. Lo “natural” de la contradicción se concibe como virtud si, y sólo si, el sujeto cuestiona sus (las) ideas; por ende, es un constante cambiar de parecer. La licencia interpretativa que permite dicha construcción es la ironía, entendida como antífrasis (Hutcheon) es un mecanismo interpretativo por el cual la intención irónica del enunciado requiere un desciframiento por parte de su receptor, un convenio, un acuerdo ideológico en el que no se propicia una contrargumentación, antes bien, se acepta el entimema (en otros términos, a diferencia del silogismo lógico, el entimema puede carecer de alguno de sus enunciados, de ahí que Aristóteles lo denomine una “especie”, es decir, una variante silogística que en apariencia sigue la estructura del silogismo dialéctico o “por lo regular”. Por ello, el silogismo retórico (entimema) expresa los principios de la retórica aristotélica, que no trata propiamente de lo verdadero, sino de lo verosímil de los medios persuasivos), pese a su estado incompleto, como una verdad irrefutable. El enunciado no aspira a dialogar necesariamente con lector-pueblo: el campesino o el obrero, el político o el burócrata; sino con un número limitado de intelectuales que pueden acceder a la filosofía y a estos géneros de élite. Al respecto, Yépez (2008) menciona que Dufoo hijo es un “falso filósofo”:

Dufoo sabía que toda escritura para un hombre como él (mexicano, hijo de escritor, separado de cada cosa por un abismo) era apócrifa. No había personaje que pudiese ser congruente o verosímil. No había género que le pareciera ejecutable. [...] Por eso la pereza de Dufoo: le fatigaba lo preestablecido. En él, la crítica de toda preestructura se quedó en lo literario: quiso burlarse de la esencia misma, de la aristotelitis, de la fijeza que le procura el individuo. Dufoo escribía para mostrar que todos tenemos que revelar que somos inconsútiles (24-25).

Así pues, la apariencia de lo enunciado reside en su cualidad para interpretarse, no como un cúmulo in-

agotable de sentidos, sino como la manifestación de una apariencia de verdad (*aleteia*) que exige una aprobación interpretativa por parte del lector, uno muy específico. Erika Martínez recupera algunos de los hallazgos de Umberto Eco y menciona lo siguiente:

el aforismo como la sentencia y el proverbio son portadores de una opinión aceptada o aceptable, y [Eco] añade: “El aforismo nunca dice la verdad sino lo probable, en ciertas circunstancias y desde cierto punto de vista”. [...] Un aforismo, podríamos añadir, exige su propia refutación. Y lo hace mediante una interpelación crítica, paradójica y latente que adopta una formulación taxativa mientras repudia las verdades absolutas” (764).

El receptor no sabe si maravillarse con la verdad revelada o con la manera en la que se revela. Incluso, se exacerba la intención de profundidad intelectual en la manera en la que el vocabulario presente tiene reminiscencia al pensamiento filosófico. De forma que el ser de lo enunciado se tense con la apariencia de la interpretación. El aforismo literario no aspira a una verdad filosófica, sino poética, aparenta ser profundo, por lo menos en este caso, para mofarse del círculo intelectual al que pertenece.

El aforismo permite descubrir lo que está encubierto por la herencia cultural; se trata de verdades que tienen valor no porque sean verificables mediante procedimientos lógicos, sino que su valor radica en que dicen algo nuevo e inesperado, obligan al lector a reflexionar sobre otra dimensión de la realidad, provocan significaciones novedosas, aún no conocidas, y por ello parecen en ocasiones grandes absurdos o grandes verdades (Munguía y Rocha, *Hacia una concepción del aforismo* 233).

Otro caso que fortifica las mutaciones discursivas que adquirió el aforismo se puede hallar en el siguiente ejemplo de Amado Nervo: “Platón desterró a los poetas de su *República*. Hizo bien” (206). El enunciado se puede dividir en dos proposiciones, la primera es una afirmación que contiene dos códigos: “Platón”, que remite a uno de los pensadores más im-

portantes de la filosofía clásica y contemporánea, y *La República*, una de sus obras más trascendentes en el ámbito político, donde propone un proyecto utópico de gobierno. Cabe destacar que la expulsión de dichos personajes en la utopía del filósofo se relaciona directamente con el engaño que producían sus falsas narraciones mitológicas en la formación de las almas de los niños. La segunda proposición es la reafirmación de dicha idea: “Hizo bien”. Lo destacable del presente aforismo es el empleo del *éndoxon*, una opinión que fue transmitida sin mayor contexto por Amado Nervo, cuyo peso de la figura autoral no es cuestionado y la argumentación que gira en torno a ese hecho es incidental. Es decir, tanto la idea de Platón como la afirmación de Nervo suspenden el proceso argumentativo:

Eso que podría vincularse con el *éndoxon*, lugar común o idea aceptada por la comunidad. Para Eco, en tanto entimema, el aforismo sería un silogismo basado en una premisa que se apoya en la experiencia aceptada. Al ser solo probable, el aforismo es contestable, por muy persuasivo que sea (Martínez 764).

Es notorio que existe un diálogo irónico entre lo que propuso Platón y la confirmación de Amado Nervo. Este último, al reafirmar la proposición del autor de *La República* se está burlando de su misma condición de “poeta”. El mismo Borges declara que

al pensar en Amado Nervo pensamos en el poeta. Del poeta como un tipo especial de individuo, que más allá de sus virtudes o no virtudes personales, es un miembro de la sociedad y un arquetipo aceptado por la sociedad (Jiménez Aguirre 30).

El caso expuesto genera, entonces, una crítica a sí mismo y por supuesto a sus contemporáneos, claro visto desde la dimensión intelectual y en la grandilocuencia del poeta “culto”, quien poco se interesa en las masas. Al respecto, Lucio Mendieta y Elena de Anda expresan lo siguiente.

Amado Nervo se hizo querer muy pronto de los grandes poetas y literatos de aquel tiempo,

ingresó en sus cenáculos, pudo trabajar en algunos diarios, llegó inclusive a ser uno de los directores de la *Revista Moderna* y aunque sus comienzos en la carrera literaria fueron duros, la suerte le deparó un mecenas: don Enrique C. Creel, a quien dedicó su libro *Los Jardines Interiores* y logró que *El Imparcial* lo enviara nada menos que a la feria internacional de París, el año de 1900. Allí vivió inolvidables años de juventud al lado de Rubén Darío, compañero de habitación y de bohemia, en el número 29 del Faubourg, de Montmartre, grato a los artistas de todos los países y de todos los tiempos (16).

En ese sentido, el aforismo se distancia de ser una verdad universal y se convierte en un discurso irónico que se actualiza en pos de dirigirse a un receptor específico, el cual se determina por el ethos autoral de Amado Nervo. Su pertenencia a un grupo de intelectuales y creadores no exige el juicio de un receptor común, sino con cierto grado de cultura. Gustavo Jiménez Aguirre abona lo que sigue:

Al inicio de la década del veinte, el aura canónica de las *Obras completas* de Amado Nervo, que Alfonso Reyes editó en Madrid, acabó de apuntalar en México la imagen culta del poeta y prosista como un predicador en la tribuna o en el púlpito. El propio Nervo no fue ajeno a ese estereotipo, pues en repetidas ocasiones dejó caer a sus lectores y oyentes la “dáviva espiritual” de los poemas de sus dos últimos libros y de las prosas de *Plenitud* (1918) (28).

Por otra parte, el uso del éndoxon en el aforismo moderno es un mecanismo de persuasión que no propiamente alude a la opinión de una mayoría, antes bien, faculta al “orador” de autoridad intelectual o cultural al recurrir a ideas preexistentes que le conceden las facilidades para convencer a su receptor por medio de una aparente sabiduría que es incuestionable. “El plano de referencia de las opiniones no es ya un plano real (de cosas), sino un plano lingüístico: el significado de la definición se produce en el orden de *lo que se dice*” (Racionero 34-35). Es así que tanto la forma como el contenido lingüístico

son parodiados, para muestra un ejemplo de Nervo: “Que tu plegaria sea: ¡Líbrame de mí mismo!” (207).

Lo que denominamos “opinión” en el aforismo es equivalente a una relación intertextual, donde las obras preexistentes funcionan como base para la actualización de una sabiduría ya reconocida, y aceptada por una comunidad. Esto significa que el enunciado aforístico a la vez que dialoga con una tradición reformula la participación del lector, pues no sólo debe conocer el referente, sino interpretar la parodia contenida. Asimismo, emplear dicho referente del conocimiento popular acerca al enunciadador con el enunciatario. Amado Nervo entiende el alcance de la religión en el pueblo mexicano de esa época y acerca su literatura desde la brevedad:

Desde la óptica de la sociología literaria, Amado Nervo es el primer poeta escritor del siglo XX mexicano. Lo es si pensamos [...] que Nervo supo entender, construir y relacionarse con una porción enorme de lectores de su época. Fue un escritor forjado en el periodismo que supo permanecer, hasta el final de sus días, en diversas publicaciones periódicas hispanoamericanas gracias a su oficio y a la intuición de los intereses culturales de sus lectores (Jiménez Aguirre 28-30).

Como se puede observar en el ejemplo citado, el texto de fondo es parte de una estructura mayor: “El Padre Nuestro”, que pertenece a un género discursivo asociado con lo religioso, la oración. En este caso, se toma una parte icónica de la plegaria para revertir su sentido. El hipotexto manifiesta su autoridad discursiva en el enunciado aforístico, conservando implícitamente su peso “espiritual-religioso” en el mecanismo intertextual.

Esta vez no recae en una figura autoral reconocible, pero sí en un comportamiento religioso que se utiliza para que una comunidad “dialogue” con la divinidad. Diálogo que se trastoca a efectos de generar una crítica antropocentrista: la liberación del “mal” se asume como inherente al ser humano y no como un agente externo. En esa reconfiguración, primero de forma, porque fragmenta un texto completo, y

luego de fondo, porque revierte el sentido del “mal” para construir una nueva concepción de la maldad que emplee un concepto ulterior cuyo principio es la posibilidad de contradicción, provoca que su naturaleza textual de plegaria se reconfigure para dar paso a un nuevo tipo de aforismo.

En síntesis, las reformulaciones estructurales y discursivas hechas a este género a principios del siglo XX en México, específicamente en la esfera intelectual, modificaron las intenciones discursivas del aforismo perteneciente a la tradición grecorromana o al tratamiento filosófico que los pensadores occidentales modernos le dieron al género, como Friedrich Nietzsche y Arthur Schopenhauer, por ejemplo. Los escritores mexicanos aquí aludidos, que lo practicaron, añadieron recursos intertextuales, paródicos, satíricos e irónicos que condujeron el aforismo a adoptar otras características discursivas, alejándolo de presentar un conocimiento universalista o una verdad inapelable, reflejando la ideología de una época y el comportamiento de sus lectores frente a este fenómeno discursivo. Pasaron de ser sentencias breves, que evidencian un comportamiento humano o una verdad universal, a ficciones que actualizan tanto la intención discursiva, como la situación enunciativa, es decir, quién lo emite, para quién, cuándo y dónde. Esa aparente universalidad estaba encaminada a persuadir al lector sobre una verdad más retórica que fáctica, al tiempo que estableció un comportamiento discursivo en la estética de la modernidad en México. A través del sistema aforístico el entramado estructural de este revela los temas, intereses y cuestionamientos de una élite de pensamiento que empleó el enunciado aforístico como la síntesis de una postura estética frente al sistema cultural precedente. Esta transformación, vale mencionar, no es privativa de la tradición mexicana, antes bien, es consecuencia de las vanguardias europeas o un eco tardío que los intelectuales nacionales de esta época manifestaron en la producción aforística.

De ahí que el concepto de inteligencia aforística refiera, también, a dos comportamientos del lector: 1) el reconocimiento de formas breves semejantes entre sí por la convivencia consciente o inconsciente con el sistema aforístico; 2) el extrañamiento (des-

familiarización) de hallar en el enunciado aforístico rasgos discursivos que se reconocen y, al mismo tiempo, se subvierten con la reconfiguración de su intención retórica.

Conclusiones

El aforismo es un género complejo de definir, tanto por sus múltiples variantes, empleadas por distintas disciplinas humanas, como por sus características más relevantes: lo sentencioso, lo conciso y lo aleccionador. Estos rasgos, estudiados desde una perspectiva exclusivamente estructural, se replican en la mayoría de estos textos; por consiguiente, se puede incurrir en la imprecisión de considerar como aforismo cualquier brevedad que cumpla con estas características. Este hecho demanda herramientas de análisis que se sumen a la dimensión estructural y, al mismo tiempo, permitan proponer una perspectiva distinta para estudiar este fenómeno discursivo.

Así pues, se espera que la propuesta de sistema aforístico, que figura en el primer apartado de este artículo, sirva para subsanar el problema de corte histórico y taxonómico de este género discursivo, toda vez que estas formas breves se pueden agrupar teóricamente según los sujetos que intervienen en la comunicación discursiva. En concreto, se suman las particularidades discursivas de cada variante (situación comunicativa: emisor, enunciado, receptor) con la disciplina a la que remiten (filosofía, literatura, política, religión, etc.), en vez de categorizar puntualmente cada una de estas variantes breves en determinada etiqueta genérica (máxima, silogismo, greguería, proverbio, etc., ya hecho por la paremiología; o bien, un periodo: aforismos clásicos o modernos).

Cabe destacar que esta última clasificación resulta, en suma, imprecisa, sobre todo por las correspondencias retóricas que se pueden encontrar entre aforismos modernos y la tradición aforística de Occidente, la cual sigue una estética grecorromana pese a escribirse muchos siglos después, su enunciación conserva las cualidades morales y aleccionadoras de lo clásico. También sucede el caso contrario con los aforismos “clásicos” (sirvan de ejemplo *Las meditaciones* de Marco Aurelio), que por la constan-

te práctica de este género llegan a un punto de experimentación, en el que bien se pueden leer como formas breves pertenecientes a lo moderno. Aunado a que, en el aforismo, poco han variado los recursos retóricos o maneras de enunciación, lo mismo que las temáticas: la vida, la muerte, la crítica social, los vicios humanos, etc. Baste pensar en el auge del pensamiento estoico en pleno siglo XXI, condensado esencialmente en aforismos, que inunda las redes sociales y cobra vigencia por la “universalidad” de su comprensión del mundo, lo que hace pensar que poco han cambiado las inquietudes humanas.

En ese sentido, la retórica resulta una herramienta útil de análisis, pues se encarga de estudiar la producción del discurso y, por ende, su situación comunicativa. Entonces, en esta pesquisa no interesa decir a qué clasificación genérica pertenecen, sino que el comportamiento discursivo del aforismo apela a una situación comunicativa específica, donde el sujeto emisor (autor) posee autoridad intelectual con la que impregna su mensaje (texto) para llegar a un receptor que concuerde o no con lo dicho, pero que, indudablemente, genera una reacción interpretativa.

Así pues, dicho sistema aforístico demanda, al mismo tiempo, una categoría de análisis que describa el fenómeno contemporáneo del aforismo, sin retornar al mismo problema de la nomenclatura o la indefinición histórica (aforismos clásicos o modernos). Por tanto, el enunciado aforístico es una propuesta de categoría analítica que se enfrenta a este género discursivo en lo contemporáneo, pues el auge del aforismo en el siglo XX no es, a lo sumo, un resurgimiento de estas formas breves, sino una reactualización, un fenómeno nuevo que se explota con fines políticos y estéticos en el panorama de la cultura literaria, a fin de establecer los cánones artísticos de esferas intelectuales. Por consiguiente, es impreciso seguir nominándolos “aforismos”, pues siguiendo la lógica del mismo sistema aforístico al que pertenece, si se modifica la situación comunicativa (autor-texto-lector), también la manera en la que se nombra el fenómeno discursivo. De tal manera, mecanismos como la parodia, la ironía, la intertextualidad y la autorreferencia modifican la finalidad aleccionadora o moralizante de estas formas breves y pasan, entonces, de un

género discursivo simple, en términos bajtinianos, a uno que se complejiza por las esferas sociales en las que se desarrolla el autor, lo que modifica las exigencias interpretativas del lector: demanda de este una inteligencia aforística que le permita identificar los cambios en las intenciones discursivas del enunciado aforístico.

Cabe decir que en este periodo y con los autores estudiados, además de otros tantos, el enunciado aforístico vaticina una suerte de “voz aforística” que, como una construcción artificiosa, organiza lo enunciado en el aforismo para darle coherencia textual. No obstante, del mismo modo que ocurre con la voz poética, la línea entre el autor (real) y el sujeto que enuncia dentro del constructo lingüístico es tenue y casi imperceptible. De ahí que lo dicho en el enunciado aforístico contiene en sí un peso de la figura autorial que desvanece el desdoblamiento del aforista, como ocurre al diferenciar el narrador y el autor de un cuento o novela.

Esto conduce a dos situaciones: primeramente, aunque nos encontramos ante el establecimiento de un género discursivo en el sistema literario donde se crea un espacio en el mundo de las editoriales (premios, congresos o colecciones), así como en el mundo académico (tesis y artículos de investigación), también el escritor que lo practica ya no se consagra en otros géneros literarios para luego adentrarse al quehacer aforístico, es uno que se dedica exclusivamente a este género. Entonces, su ethos discursivo/ethos autorial se debilita, pues la autoridad intelectual que cimentaron los escritores de principios del siglo XX en México estaba en función de su prestigio, tanto en sus comportamientos discursivos, como en las prácticas sociales dentro del campo de las letras nacionales.

En segundo lugar, como consecuencia de la anterior, requiere de constante experimentación para contrarrestar el debilitamiento de la autoridad intelectual, forzando así al enunciado aforístico a colindar con el lenguaje poético, lo que ha empezado a denominarse como “aforismo poético”, por lo cual pierde sus características sentenciosas, moralizantes, filosóficas, prosaicas, incluso las paródicas, intertextuales e irónicas, trasmutando a lo lírico, con una ten-

dencia clara a la rima y acercándose cada vez más a una variante del haikú en su forma castellanizada, donde predomina la contemplación de la voz poética y la proposición de una imagen. Este desenlace no obstaculiza la producción, lectura y publicación del enunciado aforístico, antes bien, vaticina el agotamiento de un género discursivo en el sistema literario y pronostica el surgimiento de una variante de las formas breves.

Referencias

- Amossy, Ruth. “La doble naturaleza de la imagen del autor”. *La invención del autor: nuevas aproximaciones al estudio sociológico y discursivo de la figura autoral*. Comp. Juan Zapata. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2014.
- Arjona, D. (04 de abril de 2018) Fuegos de palabras: los mejores aforismos de la literatura española. *El confidencial*, recuperado de https://www.elconfidencial.com/cultura/2028-04-04/fuegos-de-palabras-carmen-camacho-literatura-poesia-espanola_1544099/
- Audi, Robert (ed.), *Diccionario Akal de filosofía*. Trad. Humberto Marraud y Enrique Alonso, Cambridge University Press. Akal ediciones, 2004.
- Bajtín, Mijail. *Estética de la creación verbal*. Traducido por Tatiana Bubnova, México, Siglo XXI Editores, 1979.
- Barrera, Carlos. 1931. *Calendario de las más antiguas ideas*, México, Editorial Herrero, 1932.
- Barrios, Hiram (comp.). *Lapidario: antología del aforismo mexicano* (1869-2014). Primera edición, Fondo Editorial Estado de México, 2014, https://foem.edomex.gob.mx/sites/foem.edomex.gob.mx/files/catalogo/Lapidario_Web_0%281%29.pdf
- . “La tradición aforística”. *Disparos al aire: antología del aforismo en Hispanoamérica*. Gijón: Ediciones Trea, 2022.
- Barthes, Roland. *La antigua retórica*. Traducido por Beatriz Dorriots. Primera edición, Ediciones Buenos Aires, 1982.
- Benveniste, Émile. *Problemas de lingüística general I y II*. Siglo XXI Editores, 1977.
- Beristáin, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. Porrúa, 1995.
- Biblia Reina Valera*, “Proverbios 1.7”. Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.
- Block de Behar, Lisa. *Una retórica del silencio: funciones del lector y procedimientos de la lectura literaria*. México: Siglo XXI Editores, 1994.
- Borges, José Luis. “Palabras sobre Amado Nervo”. *Proceso*. No. 1190 (1999): 65-66.
- Carballo, Emmanuel. *Protagonistas de la literatura mexicana*. Primera edición, Ediciones del Ermitaño y la Secretaría de Educación Pública, 1986.
- Cerutti Guldberg, Horacio. *Filosofar desde nuestra América. Ensayo problematizador de su modus operandi*. Primera edición, Grupo Editorial Miguel Ángel Porría, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias UNAM y Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos UNAM, 2000.
- CONACULTA-INBAL. “Ateneo de la Juventud: una revolución intelectual en las calles del Centro Histórico”. Boletín No. 1442, 2015. Recuperado de https://inba.gob.mx/multimedia/prensa/galerias/1052/1052-bol._1442_ateneo_de_la_juventud_una_revolucion_intelectual_en_las_calles_del_centro_historico.pdf
- Díaz Dufoo hijo, Carlos. *Epigramas. Prólogo de Heriberto Yépez, epílogo de Christopher Domínguez*. Tumbona Ediciones, 2008.
- Eco, Umberto. “Wilde, paradoja y aforismo”. *Sobre literatura*. Debolsillo, 2002.
- Espejo, Beatriz. *Material de lectura: Carlos Díaz Dufoo hijo*. Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- Gatica, Paulo. “La hibridez por norma: Algunas calas en la aforística española contemporánea”. *Anales de la literatura española contemporánea* Vol. 41. No. 1 (2016): 27-44.
- Genette, Gérard. *Palimpsestos. Literatura en segundo grado*. Taurus, 1989.
- González, José Ramón. “El aforismo: algunas precisiones y una hipótesis tal vez improbable”. Encuentro en Verines. Encuentro XXX: *El auge de las formas breves en la literatura actual*, 2014, https://www.cultura.gob.es/lectura/pdf/v14_jramon_gonzalez.pdf
- González-Acosta, Alejandro. “José María Heredia: del Niágara al Xinantécatl”. *La Colmena*. No. 92

- (2016): 1-20. <https://www.redalyc.org/journal/4463/446347893004/446347893004.pdf>
- Hutcheon, Linda. "Ironía, sátira, parodia: una aproximación pragmática de la ironía". *De la ironía a lo grotesco: en algunos textos literarios Hispano-americanos*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1992.
- Jiménez Aguirre, Gustavo. *El libro que la vida no me dejó escribir: Una antología general*. México: Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Jiménez, Mauro. "La retórica en la teoría literaria como postestructuralista". *Castilla. Estudios de Literatura*, No. 1, 2010.
- Kibedi Varga, Aron. "Retórica y producción del texto". *Teoría literaria*. Marc Angenot (comp.). México. Siglo XXI editores, 1993.
- Llorente, María. "Los aforismos en la literatura española actual. La dimensión ética de la escritura". *Colindancias: Revista de la Red de Hispanistas de Europa Central*. No. 8, 2017.
- Maingueneau, Dominique. "Autor e imagen de autor en el análisis del discurso". *La invención del autor: nuevas aproximaciones al estudio sociológico y discursivo de la figura autoral*. Editorial Universidad de Antioquia, 2014.
- Marco Aurelio. *Meditaciones*. Madrid: Gredos, 1997.
- Martínez, Erika. "Decir verdad, hacer ficción: para una revisión del aforismo". *Pensamiento. Revista de investigación e información filosófica* vol. 76. No. 290, (2020): 761-775. <https://doi.org/10.14422/pen.v76.i290.y2020.018>.
- Martínez, José Luis. "El momento literario de los Contemporáneos". *Letras libres*, marzo, (2000): 60-62. https://letraslibres.com/wp-content/uploads/2016/05/pdf_art_6242_5865.pdf
- Mendieta y Núñez, Lucio y María Elena de Anda (eds.). *Amado Nervo – Homenaje. Décimo Quinto Congreso Nacional de Sociología, Tépica, Nayarit*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 1964.
- Morales Fabero, José. "Los conceptos de auctoritas y potestas durante la época moderna". *Bajo Palabra*. No. 24 (2020): 338-357.
- Morson, Gary Saul. "The Aphorism: Fragments from the Breakdown of Reason". *New Literary History*. No. 34 (2003): 409-429.
- Munguía Zatarain y Rocha Romero, Irma y Gilda. "Hacia una concepción del aforismo como un nuevo discurso crítico". *Poligrafías*. No. IV (2003): 231-241.
- . *El humor y la risa en el discurso aforístico*. México: Ediciones Sin Nombre, Universidad de Sonora, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 2011.
- Neila, Manuel. "Formas breves: aforismo, máxima y fragmentos". Encuentros en Verines. *Encuentro XXX: El auge de las formas breves de la literatura actual*, 2014.
- Nervo, Amado. "Pensando". *Mis filosofías. Obras completas de Amado Nervo, volumen X*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1920.
- Platón. *La República*. Traducido por Antonio Gómez Robledo. Universidad Nacional Autónoma de México, 1971.
- Racionero, Quintín. "Introducción". *Retórica de Aristóteles*. Traducido por Quintín Racionero. España: Gredos, 1990.
- Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*. México: Siglo XXI editores, 2004.
- Ryan, Marie Lauren. "Hacia una teoría de la competencia genérica". *Teoría de los géneros literarios*. Comp. Miguel Garrido Gallardo. España: Arco libros, 1988.
- Sevilla Muñoz, Julia. "Las paremias y su clasificación". *Paremias*. No. 22 (2013): 105-114.
- Todorov, Tzvetan. "El origen de los géneros". *Teoría de los géneros literarios*. Comp. Miguel Garrido. España: Arco libros, 1988.
- . *Introducción a la literatura*. México: Premia, 1981.
- Zavala, Lauro. "Seis problemas para minificción, un género del tercer milenio: brevedad, diversidad, complicidad, fractalidad, fugacidad, virtualidad". *El cuento en red* vol. 1 (2000): 50-60.
- . *La minificción bajo el microscopio*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.
- . *Minificción contemporánea. La ficción ultracorta y la literatura posmoderna (notas de curso)*. México: Universidad Autónoma de Guanajuato, 2011.